

¿POR QUÉ EL MAR ES SALADO?

2º-3º

Érase una vez dos hermanos; uno era rico, no tenía hijos ni familia y no sabía qué hacer con su dinero. El otro era pobre, tenía muchos hijos y se preocupaba día y noche sobre cómo conseguir el pan de cada día. Un día, el pobre fue a ver a su hermano rico y le contó su necesidad.

»No tengo ni un céntimo, por favor, dame al menos algo para poder vivir hoy, de lo contrario tendría que...«

»Toma esto«, y el hermano le dio unas monedas, »¡y vete ya! No tengo más, así que confórmate. ¡De lo contrario, podríamos enfadarnos!«

El pobre se fue y prometió no volver, no llamar más a su puerta y no pedir un pedazo de pan. Pero, ¿qué no haría un hombre cuando la necesidad lo apremia? Así que, un día, volvió a ir donde su hermano y le suplicó.

Pero el rico tenía un corazón de piedra, echó al pobre y lo insultó.

Era la mañana de Pascua, y la esposa del pobre le dijo a su marido:

»Nosotros podríamos pasar las fiestas sin un bocado de pan, pero cuando pienso en los pobres niños, se me parte el corazón. Querido esposo, ¿no quieres ir una vez más donde tu hermano? ...«

»Bueno, si es absolutamente necesario...«

Así que se dirigió a la hermosa y grande casa de su hermano. Pero el portero le impidió la entrada:

»¡No, no puedo dejarte entrar! Tu hermano se enfadará si vuelves a pedirle limosna.«

»¡Aunque se enfade, es mi hermano, quiero verlo!«

El rico escuchó arriba cómo discutían, se asomó a la ventana y gritó:

»¡Dale un cordero y que se vaya al diablo!«

El pobre tomó el cordero y se fue. En casa, le contó a su esposa lo que su hermano había dicho.

Ella comentó:

»Me parece que tu hermano no quería darnos el cordero a nosotros, sino al diablo.«

Entonces, el pobre se puso las botas, se colgó la mochila, tomó su bastón y el cordero, y se fue. Caminó un día, dos días, tres días, y finalmente llegó al lugar donde el sol se hunde en el mar al atardecer, al fin del mundo... Allí se encontró con un hombre, pero no era un hombre, era el diablo, que había tomado forma humana.

El diablo le preguntó al caminante:

»¿Adónde vas?«

»Voy a ver al diablo y quiero llevarle este cordero. ¿Sabes dónde vive?«

»¡Te lo puedo decir exactamente! Allá abajo, detrás del arbusto, está su casa. ¡Pero escucha! A Belcebú le encantará que le regales el cordero, y te preguntará: ›¿Cómo puedo agradecértelo?‹ Tú debes responder: ›Regálame el viejo molino oxidado que tienes y que muele tan bien el café...‹«

El pobre hizo lo que Belcebú le dijo y recibió el viejo molino.

»Pero dime«, le pidió a Belcebú, »¿cómo lo manejo?«

»Sólo necesitas girarlo, y todo lo que desees, el molino te lo molerá. Si quieres pan, te molerá pan. Si quieres hermosas monedas brillantes, te molerá tantas como desees.«

»¿Y cómo puedo detener el molino?«

»¡Sólo haz esto!« Y Belcebú se lo mostró.

El pobre regresó a casa y se hizo rico. Todos se asombraron y se maravillaron. ¿Cómo había conseguido el pobre tanto dinero? En la iglesia, antes el pobre echaba una moneda en el cepillo, ahora siempre donaba una moneda brillante.

El hermano rico tampoco podía explicarse el enigma, y un día preguntó:

»Dime sinceramente, ¿de dónde sacaste tanto dinero?«

»Pues bien, debes saber que el diablo, al que me enviaste, me lo regaló«, y le contó sobre el extraño encuentro con Belcebú y su molino.

»Tráeme el molino y muéstramelo. Y si realmente es como dices, entonces me lo quedaré y te daré mi casa, mi granja y todo lo que poseo.«

Cuando el ahora rico hermano llegó a casa, encontró la mesa puesta con deliciosos platos. Le contó a su esposa sobre la oferta de su hermano y preguntó:

»¿Le damos el molino?«

»Si debo ser sincera«, dijo ella, »esta cosa del diablo no me gusta, me da miedo. Así que démosle el molino a tu hermano y tomemos su casa, su granja, en fin, todas sus posesiones.«

Así lo hicieron, le dieron el molino y recibieron todo lo que el rico poseía. El rico ahora quería dejar su tierra natal, quería vivir en otro reino, quería cruzar el mar hacia un país lejano. Cuando estaban en alta mar, los marineros pensaron en prepararse una deliciosa comida. Tenían todo, sólo les faltaba sal.

»¿Sal?« dijo el rico. »Eso os lo puedo dar«, sacó el molino de su bolsa; el molino molía sal y sal, montones de sal.

Los marineros tomaron toda la sal que necesitaban. Pero, ¿cómo podía el rico detener el molino? Sí, no lo había pensado, tampoco lo había preguntado.

Así que el molino siguió moliendo sal, sal, montañas de sal, hasta que el barco no pudo soportar el peso y se hundió con toda la tripulación y también el molino. En el fondo del mar sigue hoy, moliendo sal, sal, sal...

Aportación de ideasWaldorf